



Jose Sanz

<http://josesanzsaez.weebly.com>

El elevador

Cuando pulsé el botón para subir en el ascensor, oí su voz: “Puertas abiertas”. Me sorprendió el tono amable, el timbre cálido, el volumen mesurado. La voz seductora que se dirigía hacia a mí amablemente, provenía de las entrañas del elevador. De su estructura pulcra y acerada salía una voz deliciosa, sensual y maravillosa.

No es la primera vez que oía hablar a una máquina, que va. Como la gran mayoría de los que pisamos el planeta tierra, ya nos vamos acostumbrando a esas voces enlatadas que cada vez más cacharros dispensan. Uno se ha acostumbrado a escuchar la voz del surtidor de gasolina, que como algunas personas, habla pero no escucha. Hay muchas máquinas que han adquirido la facultad de largar con desenfado. “Su tabaco gracias”, “Agotado producto”, “Ha elegido usted diesel”. Pero la voz de éste ascensor era diferente. Y, para colmo, en una mañana de lluvia era la primera voz que oía hablar. Al pulsar el botón para dirigirme al tercer piso, surgió de nuevo aquella cascada de dulce melodía, nacida de una garganta cibernética. “Ha pulsado usted tercer piso”. Noté un temblor que recorría mi espina dorsal y no pude evitar enamorarme de tanta atención. Pregunté al bruñido aparato si estudiaba o trabajaba, a qué hora salía. Todo para tratar de dar salida a aquel ansia apasionada que nacía en mí.

Aunque esperé que contestase a mis preguntas, no lo hizo. Asépticamente me informo de la llegada a la tercera planta y de cómo allí las puertas se abrían. Un tanto decepcionado, me

despedí cabizbajo y caminé por el pasillo infinito donde me esperaba el trabajo. Aquella voz de ascensor se grabó en mi mente y le agradezco infinitamente sus charla digitalizada. Ojalá los humanos, esos que poseen el don de la palabra, se animen a tomar el ejemplo del ascensor. Porque sí, por las buenas, porque hablar con otros es agradable. Una forma de hacer que en los días lluviosos salga un poco el sol de la conversación.